

rantía para las buenas costumbres; este es el carácter propio de la caridad romana. En ninguna parte se muestra más generosa que en la creacion de las dotes para las niñas pobres que quieren casarse ó entrar en religion. Me seria casi imposible hacer una enumeracion exacta de todas las dotes que se distribuyen cada año en esa Roma maternal, tan previsora y por eso tan poco conocida. Fuera de las que han constituido familias ricas, seria necesario contar los dones matrimoniales de los monasterios, de los cabildos, de las congregaciones, de las numerosas cofradías; baste decir que casi todas las obras de religion y de caridad, tienen que satisfacer piadosos legados destinados á este objeto. Todo, hasta las loterías, suministran socorros dotales.

Cada sorteo de Roma debe dar 500 dotes de 30 escudos á otras tantas jóvenes Romanas indigentes, cuyos nombres se encuentran inscritos en cinco números que salen. Los sorteos que se hacen en las otras ciudades están sometidos á la misma obligacion. Además, el senador de Roma distribuye cada mes tres dotes á tres niñas de los miembros de la milicia urbana. Pio VII ha criado muchas para las hijas y nietas de los desgraciados naufragos perdidos en las costas del Adriático. En una palabra, Roma distribuye cada año mil doscientas dotes, y como el número de matrimonios es de mil cuatrocientos, casi todas las niñas pueden aprovecharse de ellas: 32,000 escudos están destinados á esta obra. 1

El beneficio se extiende no solo á las alumnas en los conservatorios, sino tambien á las que habitan en el seno de sus familias. Aquí se manifiesta con nuevo brillo el lado moral de la dote. La célebre Cofradía de la «Anunciacion,» que

Morich., p. 20.

distribuye cada año cuatrocientas dotes, exige en la niña, para dotarla, que sea pobre, de buena reputacion, Romana, nacida de legitimo matrimonio y que no habite con personas sospechosas. Las huérfanas son preferidas á todas las demas; y si son extranjeras, se las considera por este solo hecho de su abandono como si fueran Romanas. A fin de obligar á los padres á velar eficazmente por sus hijas, alejándolas de toda propension sospechosa, la cofradía excluye á aquellas que viven en los hoteles ó que van á trabajar en las vendimias, en el corte de madera ó en las cosechas, á las hospederas, taberneras, lavaderas y vendedoras de semillas. Desde la edad de quince años, pueden, las que no están excluidas, depositar en manos de la archicofradía sus certificaciones. Los visitantes, elegidos entre los hombres más maduros y más probos de la sociedad, van á asegurarse en la casa misma, de la pobreza de las niñas y de su conducta. Después de tres años de vigilancia y de prueba, obtienen su dote. Esta especie de patronato, que se ejerce durante los tres años más peligrosos de la vida de las jóvenes que solicitan dotes, y que son tan numerosas en la ciudad, debe influir muy ventajosamente en la moral pública.

El día de la Anunciacion se les entregan los diplomas dotales, y debo decir que se siente uno feliz con estar en Roma ese día. En la mañana se traslada el Santo Padre á la Iglesia de la Minerva; allí tiene capilla papal, es decir, que asiste á ella rodeado del Sacro Colegio, á la misa que se celebra por uno de los cardenales. La vasta iglesia está llena de gente; en los lugares de honor están todas las niñas vestidas de blanco. Después de la misa, el Santo Padre se deja besar los piés por algunas de aquellas felices niñas. Ellas representan á aquellas de sus compañeras, que como ellas, se destinan á una vida re-

ligiosa. El mismo día hacen todas una procesion solemne; luego se separan, unas para entrar al mundo y otras para retraerse á la sombra de un claustro; muchas lágrimas corren de los ojos de las niñas, de sus padres y de los espectadores. Además, hay separacion, pero no aislamiento. Aquellas dos jóvenes generaciones, reunidas un instante en el camino de la vida, seguirán prestándose mútuo apoyo; la una orará en la montaña, mientras la otra combatirá en la llanura, hasta el día solemne en que, reunidas de nuevo ante el Dios de la eternidad, recibirán la misma corona alcanzada en combates diferentes.

4 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos.—Hospital de San Salvador.—De Santiago.—De San Galicano.

En los días precedentes habíamos seguido á la caridad romana en los umbrales de la vida. Ya nos es conocido lo que hace para salvar de la muerte al niño recién nacido, ó para proteger al huérfano contra la cruel miseria, y á la huérfana contra la miseria y la seduccion. Volviendo á tomar hoy nuestro itinerario, llegamos muy pronto á una nueva estacion. Apenas ha entrado el hombre en su peregrinacion, cuando el dolor físico, la enfermedad, bajo todas sus formas, le espera y le toca, como el cruel buitres ase su presa para desgarrarla y hacerla espirar viva. A fin de sustraerle á sus funestos ataques, devolviéndole la salud, Roma le ha preparado diez y nueve hospitales en donde le esperan socorros de todo género. Dos están destinados especialmente á las enfermedades «medicales:» el «Espíritu Santo» para los hombres, «San Salvador» para las mujeres. Aquí se manifiesta el carác-

ter verdaderamente católico de la caridad romana.

Os sentís atacado repentinamente por fiebre tan comun en Italia á fines del estío, sois extranjero, sois pobre, pues esto no importa, presentaos al hospital del Espíritu Santo. Quien quiera que seais, cualesquiera que sean vuestra edad, vuestra patria, vuestra condicion, vuestra religion, la puerta se abrirá al punto delante de vos. No se os pedirá pasaporte, ni certificado, ni profesion de fe, ni recomendacion alguna; estais enfermo y este título os basta para todo; la caridad os recibe con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Hay más; si solo os sentís enfermo, sin tener de ello certidumbre, tocad; sereis acogido con afecto. Por temor de comunicaros enfermedad que no teneis tal vez, sereis colocado en una sala particular de observacion. Os visitará el médico y se os prodigarán exquisitos cuidados hasta que, cambiándose la duda en certidumbre, debais entrar definitivamente al hospicio ó podais volver con confianza á vuestros negocios.

Como ya habíamos visitado el hospital del Espíritu Santo, nos fuimos directamente á «San Salvador.» Atravesando por la vigésima vez el Capitolio, el Forum y el Coliseo, llegamos al hospital situado no lejos de aquellos lugares tan tristemente célebres por las crueldades de la antigua Roma. Está, como hemos dicho, destinado exclusivamente á las mujeres; allí son admitidas, segun la generosa costumbre de la caridad romana, sin distincion de edades, condicion, patria y religion, una vez que están atacadas de enfermedades agudas ó crónicas. El establecimiento cuenta cuatro grandes salas, que pueden recibir juntamente quinientas noventa y ocho enfermas. Una limpieza exquisita forma el ornamento de aquel vasto hospital. Confieso que quedamos encantados de encontrar aquí esa cualidad eminente y tan útil

de nuestros hospitales franceses. Entre los medios empleados para conseguirla, se notan los pequeños agujeros practicados debajo de los lechos, en la parte inferior de las paredes. Este medio inusitado, según creo, en otras partes, es muy útil para la salubridad y renovación del aire, así como los tubos que están dentro de las paredes y en el pavimento de las salas para alejar toda causa de humedad.

En la gran sala, como en Génova, y en general en los hospitales de Italia, hay numerosas inscripciones que recuerdan los nombres de los bienhechores. En primer rango debe contarse á la piadosa Teresa Doria Pamphili. El hospital de San Salvador le debe su más bello adorno, que son las Hermanas hospitalarias. Fueron formadas éstas según el modelo de nuestras Hijas de San Vicente de Paul, y se entregan al cuidado de los enfermos; hacen los cuatro votos simples de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad; Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI confirmó su institución. Además de los cuidados maternales de las religiosas, los enfermos de San Salvador reciben, como los del Espíritu Santo y de los demás hospitales de Roma, los servicios caritativos de las asociaciones piadosas. En días señalados, las nobles mujeres que forman parte de ellas van á pagar allí su tributo de celo y de afectuosa abnegación. Siete sacerdotes habitan el establecimiento; uno como prior, está encargado de la disciplina; otros asisten á los moribundos. El celo lleva allí muchas veces en auxilio de éstos á otros obreros evangélicos del clero secular y regular que van á procurar á los enfermos la abundancia de consuelos espirituales, yendo conducidos á ello por este poderoso estímulo. Leimos con gusto en la "Sala Nueva" una inscripción que merece conservarse. Ella recuerda que el papa Clemente XI, una vez que visitó el hos-

pital, encontró un enfermo en agonía y no lo dejó y le prodigó los cuidados y exhortaciones religiosas, hasta que le sintió espirar en sus brazos. Hay aquí, como en el Espíritu Santo, una piadosa cofradía que acompaña caritativamente con sus oraciones á los muertos, y los traslada del hospital al "campo santo."

El Espíritu Santo y San Salvador son los dos asilos preparados para las enfermedades ordinarias. Si el pobre hijo de Adán está atacado de una enfermedad que demanda operaciones dolorosas y un tratamiento especial, la caridad le enseña el camino de "Santiago," de "San Galicano" y de "Santa María del Consuelo." Nosotros tomamos el mismo camino y fuimos á visitar aquellos nuevos teatros en que la caridad disputa á la enfermedad sus numerosas víctimas. La plaza Trajana, la plaza Columna, el antiguo cuartel del Campo de Marte, fueron salvados rápidamente y llegamos no lejos del mausoleo de Augusto; aquí se encuentra el hospital de Santiago destinado á la alta cirugía. Allí se reciben enfermos de uno y otro sexo, sin distinción de religión y de país, que tengan llagas, úlceras, tumores, sífilis, etc. Para ser admitido basta ser pobre y estar atacado de una enfermedad incurable; Santiago puede contener trescientas setenta camas. Los cuidados medicinales son administrados por dos médicos y dos cirujanos en jefe, dos sustitutos, dos asistentes y quince alumnos inscritos en el hospital. Según costumbre, en otro tiempo general en Europa, todos aquellos hombres del arte llevan un traje particular. El sobretodo rojo, color ordinario de los cirujanos, lo es también para los estudiantes; el blanco para los médicos.

Para hacer aceptar al enfermo remedios algunas veces muy amargos, para consolarle, para renovar su cama y para rodearle de atenciones delicadas, encontramos

allí religiosas hospitalarias, á quienes van á reunírseles á menudo las señoras romanas más distinguidas. Una comisión independiente, compuesta de un prelado, de un eleiástico y de un lego, dirige el hospital; un prior vigila la disciplina; esto en cuanto á lo material. Cuatro capellanes administran los socorros espirituales á los enfermos, que son visitados además por caritativos sacerdotes y por piadosos particulares. Las señoras que van á servir y á consolar á los enfermos se esfuerzan, por su parte, en traerlos á una vida cristiana y las más veces alcanzan buen resultado. Terminemos lo relativo á los cuidados espirituales por esta tierna palabra de un historiador: "Felices, dice él, los pobres que acaban sus días en Santiago; ya tienen aseguradas abundantemente oraciones para después de su muerte" 1.

A la cabeza de sus bienhechores os enseña el hospital á dos cardenales y á un papa, cuyos benditos nombres vivirán por siempre en el corazón de los pobres. En 1338, el cardenal Santiago Colonna se apercibió de que los enfermos cubiertos de úlceras y de llagas eran despedidos de los hospicios á causa de la fealdad y larga duración de sus males. Movidó de composición mandó en su testamento que se les abriera un asilo y se levantó Santiago, llamado "in Augusta" por razón de estar inmediato al mausoleo de Augusto. El cardenal Salviati, digno émulo del ilustre fundador, que vivió en el siglo décimosétimo, embelleció el hospital y lo dotó con rentas considerables. En fin, el excelente Pio VII le agregó la escuela de clínica quirúrgica para hombres y mujeres. Si añadís una buena botica, con laboratorio y jardín, una biblioteca para uso de los estudiantes, un vasto anfiteatro, una sala de operacio-

nes y otra de baños, tendreis una idea de este importante hospital 1.

Dando un paso más en el camino del dolor y de la caridad, ganamos el Trastevere para visitar el hospicio de San Galicano. ¡En cuántos lugares se ve tristemente abandonado el pobre enfermo, por estar atacado de una enfermedad contagiosa ó que exige un tratamiento especial! En Roma no se conoce esta dura condición; hé aquí un asilo creado expresamente para él. San Galicano tiene en sí dos recuerdos que recogimos con gusto. En la edad media, había venido un leproso francés á refugiarse más allá de la Puerta "Angélica." La curiosidad y la compasión le atraían numerosas visitas. El recogió bastantes limosnas para establecer él mismo una enfermería en donde sus infortunados compañeros pudieran encontrar cuidados y abrigo; el hospicio tomó el nombre de "Lázaro," el leproso del Evangelio. Entretanto, la lepra había casi desaparecido, mientras que la sarna y la tiña llegaban á ser más comunes; se comenzó, pues, á atenderlas allí. La distancia lejana del hospital era un inconveniente; se la hizo desaparecer trasladando á los enfermos al Espíritu Santo. Allí permanecieron hasta 1724 en que el Papa Benedicto XIII les mandó edificar en el Trastevere un hospicio especial, que es uno de los más hermosos de Europa. Benedicto XIII, como todos los Pontífices romanos, celoso de conservar nobles recuerdos, dedicó el hospital bajo la advocación de San Galicano, personaje consular del cuarto siglo, que fué el primero que había abierto en Ostia un asilo para los viajeros y los enfermos. Terminado el edificio, se mandaron á él todas las enfermedades cutáneas.

Fuimos recibidos por uno de los capellanes que tuvo la amabilidad de enseñar-

1 Constanzi, t. I. p. 75.

1 Morich., p. 35.

noslo en todos sus pormenores. San Galicano se compone de dos grandes salas colocadas en la misma línea, una para hombres, cuya longitud es de 360 palmos; otra para mujeres, cuya longitud es de 240 palmos; están separadas por una iglesia cuadrangular, que tiene en uno de sus lados una puerta á la calle; los otros tres lados se terminan con altares. Anchas ventanas bien perforadas, una en frente de otra, iluminan y refrescan las salas; en el exterior hay un balcon cuyas puertas pueden abrirse y cerrarse fácilmente sin molestar á los enfermos. La sala de hombres puede contener ciento veinte lechos; la de mujeres ochenta y ocho. De las salas, atendidas con exquisita limpieza, pasamos al hermoso anfiteatro con que Leon XII enriqueció el establecimiento. Allí los útiles para preparaciones anatómicas, seis tinas de mármol para baños, una rica botica, un laboratorio y una sala de operaciones aseguran á los médicos todos los cuidados que pueden apetecer.

En su previsora solicitud ha arreglado Benedicto XIII las condiciones de admisión. Los enfermos que tienen á la vez sarna y tiña, ó lepra con calentura, son admitidos al punto, cualesquiera que sean su nombre, su país, su religion; los que tienen enfermedades cutáneas sin calentura, van allí á que se les atienda todos los días, si viven en Roma; si van de fuera, son recibidos con orden de los superiores; más no se limita á esto la caridad romana. Se ha observado que la tiña nace principalmente de la suciedad de la cabeza y se encuentra comunmente entre los niños de la clase pobre. Aunque no tengan calentura se les admite en el hospicio hasta que sanan; éstos forman allí casa aparte. Todas las mañanas asisten á la misa con los otros enfermos; se les cura en seguida y despues se les lleva á la escuela. Tienen un refectorio general, y por dormitorio la magní-

fica sala de Benedicto XIV. Durante el día, pueden pasearse en los corredores interiores y aun salir todos juntos. Las niñas viven del mismo modo en su departamento. Un consejo de tres miembros gobierna el hospital; un prior eclesiástico dirige á los hombres; las mujeres están confiadas á las Hermanas hospitalarias que tienen su noviciado en la casa. Dos capellanes y dos confesores están encargados de los cuidados espirituales; en cuanto á los del cuerpo, tenéis un médico en jefe, un asistente interno, un cirujano que da el curso de anatomía y dos sustitutos.

5 DE FEBRERO.

Caridad romana con los enfermos que necesitan socorros pronto.—Hospicio de Santa María del Consuelo,—de los *Benfratelli*;—con los enfermos crónicos,—con los que no necesitan remedios ó cuidados domésticos, las visitas y la Limosnería apostólicas.

Cada pueblo tiene sus defectos particulares; el Romano es como los demás. La deplorable costumbre de pelear con cuchillo, parece natural en el pueblo italiano, como en las otras naciones meridionales. He visto á un frances y á un romano reunir por algunas piezas de dinero. En su impaciencia, nuestro compatriota decía: "Yo te pagaré á bastonazos." El romano, pálido de colera, le respondió friamente: "Y yo con el cuchillo." "Ed io con cottello." Los "pillos," en la calle, recurren á esta arma, á propósito de todo y á propósito de nada. Prevenir por todos los medios semejantes excesos, y si no puede impedirlos, curar al ménos sus tristes consecuencias, tal es el deber de un buen gobierno; así lo entiende Roma. Más tarde diremos lo que hace para destruir el abuso que ahora notamos; el orden de nuestras expediciones quiere que hablemos hoy del remedio que le prepara.

Cuando bajais al Velabro, se os enseña, no léjos de la roca Tarpeya, un hospital en donde brilla el orden, la limpieza y la elegancia. Si preguntais el nombre, os responderán: "Este es el hospital de Santa María del Consuelo;" y bendecireis al génio católico, único capaz de dar á los asilos del dolor nombres tan graciosos y tan dulces. Por otra parte, la augusta Virgen no hace olvidar á la heroína que en otro tiempo consagró aquellos lugares por el ejercicio de la más admirable caridad. "Aquí es, os dirá el hombre del pueblo, donde una noble matrona, hija de Símaco, patricio y senador romano, tenia la costumbre de dar de comer á doce pobres; y se llamaba Santa Galla. Ella consagró, como sierva de los pobres, su fortuna á sus amos; su casa fué la de ellos; restaurada y engrandecida por los Pontífices, ha llegado á ser con el tiempo el hospital que veis."

Está destinada al tratamiento de las heridas, fracturas, contusiones y todos los males que exigen el pronto socorro de la cirugía. Se divide en dos salas paralelas, amplias, limpias y perfectamente ventiladas; una para hombres y otra para mujeres, y pueden contener ciento cincuenta y seis lechos. Raras veces se ocupan todos, si no es en el Carnaval y en Octubre, cuando el pueblo se abandona sin freno á sus alegrías siempre locas y las más veces sangrientas. Todos los días se presentan heridos, á quienes se cuidan gratuitamente; despues que se curan se les vuelve á sus casas, ó bien se les da un lecho, si es necesario. Diez hombres del arte, tanto cirujanos como médicos y estudiantes, permanecen en el hospital, con el fin de que no se demore la aplicacion de los remedios.

Pero segun su loable costumbre, la caridad romana se ocupa sobre todo de la salud del alma; y cuántas armas homici-

das no ha hecho caer de manos de los desgraciados que tal vez solo esperaban verse sanos de sus heridas para perpetrar su venganza! Tres sacerdotes hay allí día y noche para asistir á los enfermos; además, veis llegar piadosas cofradías que van á visitarles, á instruirles, á alegrarles con dulzura. ¿Ha herido la muerte alguna víctima? Pues hay buenos hermanos que entrarán, al caer la noche, á la capilla fúnebre y sepultarán el cuerpo y le llevarán en oracion á su última morada. 1

Una corta distancia nos separaba de la isla del Týber; allí nos llamaba una nueva obra no ménos bella que las anteriores; esta es el hospital administrado por los hermanos de San Juan de Dios, conocidos vulgarmente bajo el nombre de "Benfratelli." Este establecimiento, fundado en 1581, se compone de dos salas amplias, bien iluminadas y ventiladas, que pueden contener ambas setenta y cuatro lechos. Allí son atendidos los hombres solos, atacados de enfermedades agudas. Allí son trasladados los sacerdotes pobres que no pueden recibir en su casa los socorros necesarios. Exceptuando al médico en jefe, que pasa la visita dos veces al día, todos los enfermos son religiosos que alternativamente velan á los enfermos y les asisten con una caridad extrema. El superior mismo busca con empeño los servicios más bajos y da ejemplo á todos. Por una perfeccion desconocida aún en nuestras órdenes francesas, por otra parte muy desinteresadas, aquellos religiosos, además de los votos solemnes de castidad, de pobreza y de obediencia, hacen el de cuidar á los enfermos. Casi todos son legos; solo algunos reciben el sacerdocio, á fin de aplicarse á la curacion de las almas. Como hermanos de los pobres enfermos, participan de sus alimentos; la misma cocina

1 Constanzi, t. I, p. 73.